

Lydia
Millet

UNA BIBLIA PARA NIÑOS

Traducido del inglés por Carmen Francí Ventosa

Título original: *A Children's Bible*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2020 by Lydia Millet

© de la traducción: Carmen Francí Ventosa, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-482-2

Depósito legal: M. 26.608-2021

Printed in Spain

En una ocasión vivimos en el país del verano. Los bosques tenían casitas en los árboles y en el lago había embarcaciones. Incluso la más pequeña de las canoas podía llevarnos al mar. Remábamos por el lago y por las marismas, bajábamos por el arroyo y llegábamos a la desembocadura. Allí donde el agua se encontraba con el cielo. Dejábamos los botes varados en la arena y corríamos por la playa empujados por la brisa salada.

Encontramos el cráneo de un dinosaurio. O tal vez fuera el de una marsopa. También encontramos huevos de raya, conchas ojo de tiburón y trozos de vidrio pulidos por el mar.

Antes del atardecer, remábamos de regreso al lago y volvíamos para la cena. Los somorgujos lanzaban llamadas inquietantes desde la otra orilla. Para lavarnos la arena de los tobillos, saltábamos al lago desde el muelle. Y gritábamos. Nos zambullíamos y dábamos brincos mientras el cielo se volvía de color violeta.

Los ciervos paseaban por el prado que ascendía desde el embarcadero. Su encanto era engañoso: transmitían garrapatas, y las garrapatas contagiaban una

enfermedad que podía volverte loco, robarte los recuerdos, hincharte las piernas. O hacer que se te descolgaran las mejillas como si fueras un *basset hound*.

Así que, cuando arqueaban el elegante cuello para mordisquear la hierba, les gritábamos y corríamos hacia ellos agitando los brazos.

Algunos disfrutaban al verlos entrar en pánico. Los ciervos corrían hacia los árboles, asustados por nuestro poder. Otros chillaban de alegría mientras los ciervos huían.

Yo no. Yo no decía nada. Me daban pena. Lo de las garrapatas no era culpa suya.

Para un ciervo, los seres humanos probablemente eran monstruos. Por lo menos, algunos seres humanos. Algunas veces, cuando un ciervo veía a un hombre caminando por el bosque, erguía las orejas y se quedaba quieto como una estatua. Esperando. Receloso. Sin intención de hacer daño.

—¿Qué eres? —preguntaban las orejas—. Y ¡oh! ¿Qué soy yo?

A veces la respuesta era: «Un animal muerto».

Y el ciervo se desplomaba.

Habíamos traído con nosotros unos cuantos animales domésticos para pasar el verano: tres perros y una gata, una siamesa malhumorada que tenía una enfermedad en la piel. Caspa. Disfrazamos a los perros con los vestidos que encontramos en un baúl de mimbre, pero era imposible vestir a la gata. Arañaba.

Maquillamos a uno de los perros, le pusimos pintalabios y sombra de ojos azul. El perro tenía la cara blanca, así que el maquillaje destacaba. Queríamos dar la nota. Cuando terminamos, el pintalabios volvió al bolso, un Fendi de la madre de uno de nosotros. Luego vimos cómo se pintaba los labios sin saberlo. Nos hizo mucha gracia.

Montamos una obra de teatro con los perros e invitamos a los padres y madres, ya que tampoco teníamos otro público. Pero los perros estaban mal entrenados y no nos hacían caso. Había dos soldados y una dama elegante a la que habíamos puesto un sujetador con volantes. Los soldados eran cobardes. Desertores, básicamente. Huyeron en cuanto lanzamos el grito de guerra (un bocinazo: piiiiiiii).

La dama se orinó.

—¡Oh, pobre vieja, padece de vejiga nerviosa! —exclamó una madre gordinflona—. ¿Eso es una alfombra persa?

¿De quién era aquella madre? Ni idea, pero nadie admitió que fuera la suya, por supuesto. Cancelamos la actuación.

—Reconócelo, era tu madre —dijo un chico llamado Rafe a una chica llamada Sukey cuando los padres se fueron. Allí estaban las copas, los vasos de *whisky* y las botellas de cerveza, completamente vacíos.

En aquellos tiempos, los padres tenían prisa.

—Qué va —contestó Sukey con firmeza, y negó con la cabeza.

—Entonces, ¿quién es tu madre? ¿La del culo gordo? ¿O la del pie zambo?

—Ninguna de las dos —dijo Sukey—. Así que vete a la mierda.

La gran casa la habían construido unos barones ladrones del siglo XIX como retiro palaciego para los meses de calor. Nuestros progenitores, supuestas figuras de autoridad, vagaban por las habitaciones, bajo las anchas vigas, haciendo un recorrido impreciso; su objetivo era confuso. Y carente por completo de interés.

Les gustaba beber. Era su principal pasatiempo, o tal vez —como dijo uno de nosotros— fuera una forma de culto. Bebían vino y cerveza, *whisky* y ginebra. También tequila, ron y vodka. Al mediodía bebían para superar la resaca: eso los mantenía felices y contentos o, por lo menos, les permitía ir tirando. Por la tarde se reunían para comer y seguir bebiendo.

La cena era la única comida a la que teníamos que asistir, e incluso eso era una carga. Nos obligaban a sentarnos a la mesa y no hablaban de nada interesante. Su conversación era como un haz de luz grisácea: nos amodorraba. Lo que decían era tan aburrido que nos llenaba de frustración y, al cabo de un rato, de rabia.

¿No sabían que había temas urgentes? ¿Que tenían que responder a preguntas importantes?

Si uno de nosotros decía algo serio, hacían caso omiso.

¿Puedo levantarme de la mesa, por favor?

Más tarde, las voces subían de intensidad. Liberados de nuestra influencia, algunos de ellos emitían la-dridos repentinos. Al parecer, riéndose.

Nos llegaban las risas desde el gran porche, en el que había antorchas de bambú y helechos colgantes, mecedoras, sillones apolillados y luces insecticidas de color azul. Las oíamos desde las casitas de los árboles, las pistas de tenis y el campo con colmenas que una vecina cuidaba durante el día, farfullando tras la gasa del sombrero de apicultura.

Las oíamos desde los cristales rajados del destartala-do invernadero o desde las frescas aguas negras del lago, donde flotábamos en ropa interior a medianoche.

Me gustaba merodear por los jardines iluminados por la luna, a solas, con una linterna, agitar el haz de luz sobre las paredes con ventanas de postigos blancos, las bicicletas abandonadas en la hierba, los coches aparcados en el camino de entrada semicircular. Cuando oía las risas, me preguntaba si de verdad alguno de ellos habría dicho algo gracioso.

A medida que avanzaba la noche, a algunos padres se les metía en la cabeza que querían bailar. Un destello de vida agitaba sus cuerpos decrepitos. Un triste espectáculo. Terminaban por empeorarlo todo poniendo música de su época: *Beat on the brat, beat on the brat, beat on the brat with a baseball bat, oh yeah.*

Los que ya no emitían un destello de vida se sentaban y miraban a los bailarines con la cara fofa, apáticos, como si, a efectos prácticos, estuvieran ya muertos.

Pero, por lo menos, esos no daban vergüenza ajena.

Algunos padres iban emparejándose y subían a los dormitorios del primer piso, donde unos cuantos de los nuestros los espiaban por las tablillas de la puerta de los armarios. Los veían realizar sus actos oscuros.

A veces se sentían excitados. Yo lo sabía. Aunque no lo reconocieran.

Pero, por lo general, sentían repugnancia.

La mayoría estábamos terminando la enseñanza media, pero unos pocos ni siquiera habían llegado a la pubertad: había chicos y chicas de todas las edades. En resumen, algunos eran inocentes. Otros, en cambio, realizaban sus propios actos oscuros.

Esos no eran tan repugnantes.

Nos divertíamos ocultando nuestra filiación, pero, al mismo tiempo, era un juego muy serio. Algunas veces, se nos acercaba un padre o una madre y amenazaba con dejarnos en evidencia revelando un vínculo familiar. Entonces corríamos como conejos.

No podíamos echar a correr sin más, ya que las prisas nos habrían traicionado, así que sería más exacto decir que nos escabullíamos en silencio. Cuando aparecían mi padre o mi madre, mi técnica era fingir que había visto a alguien en otra habitación y moverme con naturalidad hacia esa figura imaginaria poniendo una expresión muy decidida. Cruzar la puerta y desaparecer.

La primera semana de nuestra estancia, a principios de junio, varios padres subieron las escaleras que conducían a la desordenada buhardilla en la que dormíamos, unos en literas, pero la mayoría en el suelo. Los oímos gritar a los más pequeños: «¡Ahora subo a arroparte!».

Nos escondimos bajo las sábanas y nos tapamos la cabeza con la manta; algunos gritamos de forma grosera. Los padres se batieron en retirada, posiblemente ofendidos. Apareció un letrero en la puerta que decía: ZONA LIBRE DE PADRES y, al día siguiente, hablamos con ellos muy en serio.

—Vosotros dirigís la mansión —dijo Terry con calma, pero con energía—. Tenéis dormitorios propios con baño dentro.

Llevaba gafas, era bajito, rechoncho y muy pretencioso. Pero ahí sentado, a la cabecera de la mesa, con los cortos brazos cruzados, parecía una figura de autoridad.

Los padres tomaron un sorbo de café. Hicieron ruido de succión.

—En cambio, nosotros tenemos una sola habitación para todos, ¡una sola! —dijo Terry como si salmodiara—. ¡Por favor! Dejadnos un poco de espacio propio. Un territorio minúsculo. Imaginad que la buhardilla es como una reserva; imaginad que sois los conquistadores blancos y nosotros los indios.

—Se dice «americanos nativos» —corrigió una madre.

—Qué metáfora tan poco sensible desde un punto de vista cultural —objetó otra.

—¿Una de las madres tiene un pie zambo? —preguntó Jen—. Vaya, no me había dado cuenta.

—¿Qué quiere decir «pie zambo»? —preguntó Low.

En realidad se llamaba Lorenzo, pero era un nombre demasiado largo. Además, era el más bajito de todos, así que lo llamábamos Low. Rafe le había puesto el mote y a Low no le importaba.¹

—Arrastra el pie —explicó Rafe—. Lleva un zapato con plataforma. Y la gorda seguro que es la madre de Sukey.

—Claro, claro; pues resulta que no —contestó Sukey—. Mi madre es mucho mejor que esa mierda. Mi madre podría darle una patada en el culo a esa madre.

—No es posible que no sea madre de nadie —objetó Low.

—Pues sí, podría ser —dijo Sukey.

—Hay algunos solteros —señaló Juicy. Lo llamábamos así porque tenía mucha saliva y le gustaba escupir.²

—Y hay parejas sin hijos —dijo Jen—. Pobres estériles.

—Destinados a fallecer sin descendencia —añadió Terry, que presumía de poseer un amplio vocabulario. Su verdadero nombre iba acompañado de un «tercero» tras el apellido. Como si eso no fuera suficiente,

¹ *Low* significa 'bajo', referido a objetos (*N. de la T.*).

² *Juicy* es 'jugoso' en castellano. También lo llaman *Juice*, que significa 'jugo', 'zumo' (*N. de la T.*).

lo ponía en latín, *tertius*. Ese *tertius* se había acertado en Terry, y de ahí su mote.

Llevaba un diario íntimo en el que, cabe suponer, anotaba sus sentimientos. Posibilidad que lo convertiría en objeto de burlas.

—Pues vale, pero vi a la gorda en la cocina mano-seando al padre de Sukey —dijo Rafe.

—No es cierto —contestó Sukey—. Mi padre está muerto.

—Lleva años muerto —corroboró Jen.

—Y sigue muerto —añadió David.

—Pues tu padrastro, entonces, o lo que sea —insistió Rafe.

—No están casados.

—Qué más da, eso solo son papeles —dijo Rafe.

—Yo también los vi —dijo Low—. La mujer le había puesto la mano encima de los pantalones. Justo en el paquete. Y el tío tenía una erección gordísima.

—Qué asqueroso —dijo Juicy. Escupió.

—Maldita sea, Juice. Casi me das en el dedo del pie —protestó Low—. Eso es un demérito.

—La culpa es tuya por llevar sandalias —dijo Juicy—. Fatal. Un demérito para ti.

Llevábamos una contabilidad, un gráfico en la pared. Había méritos y deméritos. Un mérito se obtenía por un ultraje cometido con éxito; un demérito implicaba sufrir una humillación. Juicy tenía méritos por echar saliva en los cócteles sin que lo pillaran, mientras que Low tenía deméritos por haberle dado un beso a un padre. Lo más probable es que no fuera el

suyo: la información sobre los progenitores de Low era un secreto bien guardado. Pero lo habíamos visto pidiéndole a un tipo con calvicie incipiente un consejo sobre qué ponerse.

Low era como un bebé grande y tenía ascendencia mongola. Lo habían adoptado en Kazajistán. Era el peor vestido de todos nosotros, tenía un *look* setentero: llevaba camisetas de tirantes teñidas a mano y pantalones cortos con ribetes blancos. Algunos incluso eran de felpa.

Habría sido imposible mantener el juego de los padres si no hubiera sido por el desinterés casi total de estos. Pasaban por completo de nosotros.

—¿Dónde está Alycia? —oí preguntar a una madre.

Alycia era la mayor de nuestro grupo, tenía diecisiete años. Y ya estudiaba primero en la universidad.

—Apenas la he visto desde que llegamos aquí —prosiguió la voz—. ¿Cuánto tiempo hace? ¿Dos semanas?

La madre hablaba desde la sala del desayuno, fuera de mi campo de visión. Me gustaba mucho esa habitación, con su larga mesa de roble y tres paredes acristaladas. Se veía el brillo del lago por las cristaleras y la luz del sol se colaba por las ramas oscilantes del viejo sauce que daba sombra a la casa.

Pero, por la mañana, la habitación estaba llena de padres y madres. No podíamos ocuparla.

Intenté identificar la voz, pero, cuando llegué a la puerta, la conversación había ido derivando hacia

otros asuntos: las noticias que daban de la guerra, el trágico aborto de una amiga.

Alycia se había ido sin permiso al pueblo más cercano tras pedirle a un jardinero que la llevara. El pueblo solo tenía una gasolinera, una farmacia que rara vez abría y un bar cutre, pero allí se había echado un novio. Unas cuantas décadas mayor que ella.

La encubríamos lo mejor que podíamos.

—Alycia está en la ducha —dijo Jen en la mesa la noche que se marchó.

Observamos con atención a los padres para ver qué cara ponían, pero no parecieron adivinar nada. Caras de póker.

La noche siguiente, David dijo:

—Alycia está en la litera, tiene calambres.

El tercer día, Sukey dijo:

—Lo siento, Alycia no baja, está de mal humor.

—Esta chica tiene que comer más —dijo una mujer, poniendo aparte una patata asada. ¿Era ella la verdadera madre?

—Está delgada como un alambre —dijo otra.

—No hará eso de vomitar, ¿verdad? —preguntó un padre.

Ambas mujeres negaron con la cabeza. Acertijo sin resolver.

—A lo mejor Alycia tiene dos madres —dijo David después.

—Dos madres, posiblemente —dijo Val. Era un poco chico y casi no hablaba, solo repetía lo que decían los demás.

Val era tan menuda y delgada que era imposible saber qué edad tenía. A diferencia del resto de nosotros, vivía en el campo. Le gustaba, sobre todo, escalar. Trepaba mucho y con agilidad, ya fueran casas o árboles, no importaba. Cualquier cosa vertical.

—Esta niña es como un maldito mono —comentó un padre en una ocasión al verla trepar por el sauce.

Un grupo de padres y madres bebía en el porche.

—Un gibón —dijo otro—. O un macaco de Berbería.

—Un capuchino de cabeza blanca —sugirió un tercero.

—Un tití pigmeo.

—Un mono negro de nariz chata.

Una de las madres se hartó.

—Un cállate la boca —dijo.

Éramos estrictos con los padres: se tomaban medidas punitivas. Robos, burlas, contaminación de la comida y la bebida.

No se daban cuenta. Y nos parecía que los castigos estaban en consonancia con el delito cometido.

Aunque el peor de los delitos era difícil de evaluar y, por ese mismo motivo, resultaba difícil castigarlo de manera adecuada: la cualidad de su ser, la esencia de su personalidad.

Por algunas cosas mostrábamos un respeto total. Por ejemplo, respetábamos la casa: una gran fortaleza,

nuestro castillo y nuestro torreón. Pero no el mobiliario. Optamos por destruir algunos muebles.

Al final de la semana, quien tenía más méritos elegía el siguiente objetivo: ¿qué podía ser? Primera opción: una estatuilla de porcelana de un niño sonriente con las mejillas sonrosadas, pantalones cortos y una cesta de manzanas.

Segunda opción: una labor bordada en rosa y verde con un diente de león y, en rebuscada caligrafía, las palabras: «Inspira con suavidad. Sopla. Difunde tus sueños y déjalos crecer».

Tercera opción: un pato de reclamo regordete con inquietantes ojos en blanco, el pecho abombado y vestido con un extraño esmoquin pintado.

—Es un pato gordo maricón —dijo Juice—. Un pato con pajarita. Un pato maricón, como un pato cantor. Un pato maricón Frank Sinatra.

Se rio como si estuviera loco.

Rafe, que era abiertamente homosexual, le ordenó que cerrara la boca, idiota homófobo.

Esa semana el ganador fue Terry y eligió el chico de las manzanas. Cogió un martillo del cobertizo y le rompió la cabeza.

Sin embargo, nunca le habríamos hecho nada a la casa. A Rafe le gustaba encender fuego, pero se limitó a incendiar el invernadero. Un montón de palos de *hockey* y de mazos de cróquet. También quemó cosas en un claro del bosque e inmoló un enanito de jardín. El plástico se fundió y desprendió un humo denso y un olor desagradable. Un padre o una madre advirtió la

humareda que se elevaba por encima de un pinar y optó por quedarse en el porche, tomando un martini seco.

El humo se dispersó al cabo de un rato.

Respetábamos el lago y el arroyo y, sobre todo, el mar. Las nubes y la tierra, de cuyas madrigueras ocultas y hierba puntiaguda podrían emerger un enjambre de avispas, una plaga de hormigas urticantes o, de repente, algunos arándanos.

Respetábamos las casitas de los árboles, una elaborada red de estructuras bien construidas en lo alto del bosque. Tenían el techo sólido y estaban unidas por escaleras y puentes para formar un pueblo en el aire.

Los veraneantes de años anteriores habían grabado en la madera dibujos obscenos, iniciales y nombres. Aquellas viejas iniciales me cortaban el buen rollo. Quizá las hubiera tallado la mismísima descendencia de los barones ladrones, las hijas de los emperadores de la madera, del acero o del ferrocarril, convertidas tiempo atrás en matronas con triple mentón del Upper East Side.

De vez en cuando me sentaba en lo alto de una plataforma, con los demás, balanceando las piernas, y bebíamos latas de refresco o botellas de cerveza. Tirábamos piedras a las ardillas sin mucho empeño (los más pequeños pusieron fin a esa actividad reprochándonos nuestra crueldad con los animales). Nos hacíamos trenzas, escribíamos en los vaqueros de los demás, les pintábamos las uñas. Intentábamos esnifar pegamento cogido de la supuesta sala de recreo que no usábamos. No hacía ningún efecto.

Me quedaba mirando las iniciales y me sentía sola. Incluso con los demás. El futuro pasaba volando con un instante de tristeza. El reloj no paraba de dar vueltas y no me gustaba ese reloj.

Sí, sabíamos que no podríamos ser siempre jóvenes. Pero, en cierto modo, costaba creerlo. Otra cosa no, pero teníamos los brazos y las piernas fuertes y aerodinámicos. Ahora me doy cuenta. La barriga tersa y sin arrugas, igual que la frente. Cuando corríamos, si queríamos, parecíamos un destello de seda. Teníamos el vigor de los recién nacidos.

En términos relativos.

Y no, no seríamos siempre así. En un plano racional, lo sabíamos. Pero la idea de que lo que nos esperaba era convertirnos en figuras como las que se tambaleaban por el caserón resultaba horrible.

¿Habían tenido una meta alguna vez? ¿Un poco de autoestima?

Nos avergonzaban. Eran como un cuento con moraleja a modo de advertencia.

Los padres y las madres habían estado muy unidos en la universidad, pero no se habían vuelto a encontrar desde entonces. Hasta que decidieron que en verano celebrarían una reunión terriblemente larga. Oímos decir a uno de ellos: «¡Nuestro último hurra!». Parecía una mala actuación en una obra teatral idiota.

Otro contestó más en serio:

—La próxima vez que nos veamos será en el funeral de alguno.

Nadie sonrió.

De manera anónima, anotamos en un papel a qué se dedicaban nuestros progenitores y lo metimos en un sombrero. Era un sombrero plegable del armario de los juguetes, donde se guardaban muchos artefactos antiguos (habíamos encontrado allí la bocina, unas pistolas de balines y un Monopoly viejo). Escribimos el título profesional en mayúsculas para que la caligrafía no se pudiera reconocer con facilidad, luego sacamos los papeles del sombrero y los leímos en voz alta.

Había profesores universitarios con tres meses de vacaciones en verano. Otros iban y venían de la oficina al caserón. Uno o una era terapeuta, otro u otra era médico de la vagina. (Una risa estridente de Juicy, luego una rápida patada de Sukey a la rodilla. «¿Tienes algún problema con las vaginas? Repite: vagina. Va-gi-na»). Otro u otra se dedicaba a la arquitectura, otro u otra a dirigir películas (el papelito decía: HACER PELÍCULAS DE GAIS).

—Demérito por homofobia —dijo Rafe—. Cuando me entere... Demérito mayor a la reina que no sale del armario y ha escrito eso. Seguido de una paliza. Más vale que no seas tú, Juicy.

No hace falta decirlo: nuestros progenitores eran personas artísticas y cultivadas, pero no tenían nada

de bohemios o no habrían podido permitirse una casa como aquella, que no se alquilaba por poco dinero para todo un verano. Suponíamos que habría alguno que no podía pagar y lo habían invitado. David, fanático de la informática que echaba mucho de menos la configuración avanzada del ordenador que tenía en casa, había dejado escapar que sus padres vivían de alquiler. Recibió una amonestación por eso. No porque no fueran propietarios (odiábamos a los esnobs por cuestiones de dinero), sino por ponerse blandengue y hacer confidencias ante una botella de Jäger robada.

¿Nos bebíamos su alcohol? Claro, sí, por supuesto. Pero si alguno de nosotros se comportaba como ellos cuando bebían, recibía un demérito.

Porque, cuando se emborrachaban, los padres y madres se volvían descuidados, se despojaban de su caparazón protector. Sin el cual eran babosas. Dejaban un rastro de baba.

Mis propios padres eran: madre, profesora de universidad; padre, artista. Mi madre daba clases de teoría feminista y mi padre esculpía enormes mujeres con grandes pechos, labios y pubis pintados con precisión. A menudo, con escenas de lugares destrozados por la guerra o la hambruna. Los labios vaginales podían ser Mogadiscio.

Tenía bastante éxito.

Nuestros hermanos menores eran un lastre para el juego de los padres, pues amenazaban constantemente

te con revelar nuestros orígenes. Nos correspondían a Jen, a David y a mí.

El hermano de Jen era un niño de once años agradable y sordo llamado Shel que quería ser veterinario de mayor. A la semana de llegar, sufrió una intoxicación alimentaria y tuvieron que atenderlo sus padres, así que los identificamos. La madre llevaba correctores dentales y tenía los hombros caídos; el padre llevaba una cola de caballo grasienta. Se hurgaba la nariz mientras hablaba. Hablaba y se hurgaba, se hurgaba y hablaba.

Creíamos que uno ya no se metía el dedo en la nariz en público a partir de la escuela primaria, pero en su caso nos equivocamos. Era alucinante.

Nos sentimos mal por Jen.

Y David también tenía problemas. Sus hermanas, unas mellizas fecundadas *in vitro* llamadas Kay y Amy, eran unas mocosas y no les interesaba nada el juego. Se delataron el segundo día al abrazar y acariciar a su madre; incluso llegaron a acurrucarse en su regazo y hacerle arrumacos en el cuello mientras susurraban palabras cariñosas.

Mi hermano pequeño, Jack, era un príncipe entre los chicos. Cuando tuvo una erupción por hiedra venenosa vino a verme a mí y se negó a pedir ayuda a nuestros padres. Me sentí orgullosa. Jack tenía sentido del deber.

Le preparé baños y me senté junto a la litera para ponerle compresas frías en las piernas. Le untaba una

crema de color rosa y le leía sus libros favoritos. Casi no se quejaba, solo decía:

—Me pica de todos modos, Evie.

Jack era sin duda mi persona favorita. Lo había sido siempre.

De todos modos, era solo un niño y me preocupaba que pudiera cometer un error. Tenía que vigilarlo.

Llegados a un punto, tomamos una decisión entre todos: teníamos que contarles a los padres el juego, se estaba haciendo muy difícil esquivarlos con maniobras tácticas.

Por supuesto, lo enfocamos de manera positiva. No hacía falta revelar los motivos del origen del juego. No hacía falta decir en voz alta que establecer vínculos con ellos nos degradaba y comprometía nuestra integridad personal. No hacía falta decir que las pruebas de nuestra relación nos hacían sentir físicamente enfermos.

Nos limitamos a contarles que necesitábamos un proyecto. ¿No nos habían privado, durante todo el verano, de nuestros más queridos juguetes y salvavidas? ¿No nos habían confiscado el teléfono móvil, la tableta, todas las pantallas y el acceso digital al exterior?

Nos habían confinado en una prisión analógica, decía David.

Las autoridades eran más receptivas en la hora mágica previa a la cena, cuando estaban ligera y agrada-

blemente achispadas. Antes solían estar de mal humor y podían negarse. Más tarde podían estar borrachas y tal vez a la mañana siguiente no recordaran nada.

«La hora de beber y hablar», la llamaban.

Fue entonces cuando abordamos el tema.

—Estamos jugando a un juego —anunció Sukey.

—Podríamos llamarlo un experimento social —aclaró Terry.

Algunos padres sonrieron con indulgencia cuando se lo explicamos, pero otros se resistieron y se esforzaron por dominar la irritación que les causaba. Pero al final dijeron que sí. No prometían nada, pero intentarían no comprometernos.

Además, teníamos intención de acampar en la playa varias noches, anunció Rafe.

—Para hacer prácticas de autosuficiencia —añadió Terry.

—Bueno, ese asunto es totalmente diferente —dijo un padre.

Era uno de los profesores universitarios y su especialidad era la quema de brujas.

—¿Todos? —preguntó una madre.

Los más jóvenes asintieron con la cabeza, excepto Kay y Amy, las mellizas *in vitro*, que la movieron en sentido contrario.

—Hasta nunca —murmuró David.

—¡Pero si no hemos traído tiendas! —dijo una segunda madre.

Esa madre ocupaba un lugar poco relevante en la jerarquía. Llevaba vestidos largos y fluidos, con moti-

vos florales y diseños de cachemira. Una vez, bailando borracha, se cayó sobre una maceta y le sangró la nariz.

Me daba cuenta de que los otros padres la trataban con condescendencia. Si los estuvieran cazando, ella sería la primera en ser abandonada por la manada. Sacrificada a una leona merodeadora cuyas poderosas mandíbulas la apresarían y desgarrarían. Y después, los buitres picotearían las sobras con indiferencia.

Sería triste, probablemente.

Aun así, nadie quería a esa madre. Nos compadecíamos del tonto al que le correspondiera más adelante.

—Ya nos las apañaremos —dijo Terry.

—¿Cómo os las apañaréis? —preguntó una tercera madre—. ¿Con Amazon Prime?

—Nos las apañaremos —repitió Terry—. Hay lonas en el cobertizo de las herramientas. Ya sabremos cómo arreglárnoslas.

Jen, impresionada por la actitud magistral de Terry, consintió en liarse con él en el invernadero aquella noche (habíamos apilado un montón de mantas en un rincón). Jen era fuerte, pero, sin duda, poco exigente en lo que a morreos respectaba.

Para no ser menos, las otras dos chicas y yo estuvimos de acuerdo en jugar a la botella con David y Low. Versión extrema, también oral, potencialmente. Juicy

tenía catorce años, era demasiado inmaduro para nosotras y demasiado guarro, y Rafe no era bi.

—Una pena —dijo Sukey—. Rafe es muy guapo.

Entonces Dee dijo que no quería jugar, así que nos tocó a Sukey y a mí. Dee tenía miedo de dar vueltas a la botella porque —según Sukey— era una chica insignificante y, con toda probabilidad, virgen en cuestión de besos.

Además de tímida y apocada, Dee también era pasivo-agresiva, neurótica, tenía fobia a los gérmenes y era casi paranoica.

Según Sukey.

—Pues te jodes, bonita —dijo Sukey—. Va a ser un momento didáctico.

—¿Por qué didáctico? —preguntó Dee.

Porque, dijo Sukey, ella, servidora, era maestra en hacer pajas en un minuto. Seguro que Dee podría aprender algo.

Los chicos se sentaron más derechos en cuanto Sukey dijo eso. Su interés se centró en ella como un láser.

Pero Dee dijo que no, que no era ese tipo de chica.

Además, después de oír eso necesitaba una ducha.

Val también se negó a participar. Se fue a escalar en la oscuridad.

Todo esto sucedía mientras nuestros progenitores jugaban al póker en la variante Texas Hold 'Em y se peleaban por un supuesto caso de recuento de cartas: al padre de alguno de nosotros lo habían expulsado de un casino en Las Vegas.

Los chicos más jóvenes estaban profundamente dormidos.

El juego de la botella no era una gran opción, sin duda, pero nuestras posibilidades eran muy limitadas. Todos los teléfonos móviles estaban guardados en una caja fuerte en la biblioteca. Y no habíamos descifrado la combinación.

Yo estaba un poco recelosa, pero como Dee se había retirado, tuve que aguantar. Pero tuve suerte. Solo tuve que darle un beso con lengua a Low.

Aun así, desagradable. Su lengua sabía a plátano pocho.

Salimos a la tarde siguiente. Tardamos horas en prepararlo todo y cargar las canoas.

—¡Chalecos salvavidas! —gritó la madre de Jen desde el césped. Sostenía una botella de vino por el cuello, un vaso en la otra mano y llevaba un bikini blanco con lunares rojos. La parte inferior enseñaba la raja del culo y la superior era bastante divertida: en los trozos de tela blanca se le transparentaban los pezones y parecían unos ojos oscuros.

—Ojalá se calle —dijo Jen haciendo una mueca de dolor.

—¡Poneos los chalecos salvavidas!

—Sí, sí. Joder... —dijo Sukey.

Por lo general, no nos molestábamos en ponernos chalecos salvavidas, excepto los pequeños. Pero, como nos estaban observando, traje del cobertizo de los bo-

tes un montón de chalecos de color naranja brillante con manchas negras de moho. En cuanto no nos vieran, nos los quitaríamos. Sin vacilar.

Cuando nos alejamos, algunos padres y madres nos saludaron desde el porche y otros se agruparon en el muelle. Nos dimos prisa por si nos traicionaba alguna bobada dicha a última hora. Por supuesto, un imbécil gritó:

—¿Te has acordado del inhalador?

Había dos asmáticos.

—¡Cállate! ¡Cállate! —imploramos, con las manos en las orejas.

Ninguno de nosotros quería ver a un hombre caer tan bajo.

—¿Y el autoinyector de epinefrina? —gritó la madre de estatus inferior.

Había estado leyendo un libro sobre la sociedad medieval que había encontrado en la biblioteca de la casa grande. Tenía un olor a papel polvoriento que me gustaba. En el libro había campesinos. Siervos, supongo. Usando el filtro de esa historia, y dada su vestimenta floral, llegué a verla como la encarnación del campesinado.

Hicimos caso omiso y remamos con todas nuestras fuerzas. Control de daños.

—Pero qué imbéciles son —gruñó Low.

Yo lo miraba con la cabeza ladeada, creo que... meditando. Recordando el sabor a plátano.

—Los míos estaban frescos como un pepino —presumió Terry.

—A los míos no les ha importado un carajo —se jactó Juice.

Mientras las canoas se alejaban de la orilla, nuestros padres seguían intentando comunicarse con nosotros. Unos pocos hacían gestos exagerados, agitando los brazos desgarrados. El padre de Jen estaba hablando en lenguaje de signos, pero Shel no le miraba las manos. La madre campesina saltó desde el muelle. ¿Para seguirnos? ¿Para darse un chapuzón? Nos dio igual.

Llegamos al arroyo y recogimos los remos. Avanzamos hacia el océano. El arroyo era estrecho y las canoas chocaban con las orillas, se quedaban varadas en los bajos fangosos y teníamos que empujar.

El agua nos llevaba; nos dejábamos llevar.

Levantamos la cara hacia el sol, cerramos los ojos y dejamos que la luz nos cayera sobre los párpados. Sentimos los hombros ligeros, la dicha de la libertad.

Las libélulas volaban sobre el agua como pequeños helicópteros brillantes de color verde y azul.

—Pasan el noventa y cinco por ciento de la vida en el agua —explicó Jack con tono amable. Era un fanático de los insectos. De hecho, era un fanático de toda forma de vida salvaje—. En estado de ninfa. Larvas. Las ninfas de la libélula tienen unas mandíbulas enormes. Son depredadoras voraces.

—¿Lo que cuentas es interesante? —preguntó Jen, ladeando la cabeza.

No era una pregunta malintencionada; no acababa de tenerlo claro.

—Un día salen del agua, se vuelven hermosas y aprenden a volar —dijo Jack.

—Luego caen muertas —dijo Rafe.

—Justo lo contrario que los seres humanos —comentó David—. Nos volvemos feos antes de caer muertos. Décadas antes.

Sí. Era cosa sabida.

La injusticia flotaba sobre nosotros junto con las libélulas.

—Hemos recibido grandes dones —proclamó Terry desde la proa.

Intentó ponerse de pie, pero Rafe le dijo que haría volcar la canoa. Así que se sentó de nuevo y puso un tono de voz engolado y engreído, como de predicador.

Se subió las gafas con el dedo corazón.

—Sí, tenemos muchos dones —proclamó—. Nosotros, los descendientes de los simios. Pulgares oponibles. Lenguaje complejo. Una apariencia de inteligencia.

Pero nada de eso salía gratis, continuó. Viendo a nuestros progenitores en la intimidad de su dormitorio, le había impresionado la gravedad de sus achaques. Tenían la barriga gorda y el pecho colgante. Tenían el trasero doble: sobresalía, luego se descolgaba y volvía a sobresalir. Venas prominentes. Grasa en la espalda formando pliegues como si fueran un montón de rosquillas apiladas. La nariz roja con poros como cráteres; pelo negro que asomaba por las fosas nasales.

Se nos castigaba con la mediana edad y luego con una larga decrepitud, dijo Terry con tristeza. Nuestra

especie —nuestra demografía en la especie, rectificó— se prolongaba en el tiempo mucho más allá de su fecha de caducidad. Se había convertido en basura, en un azote, una plaga, una costra. Un miembro atrofiado. Ese sería nuestro papel en el futuro.

Pero teníamos que librarnos de todo aquello, añadió, intentando, de repente, terminar su discurso con una moraleja optimista. ¡Deberíamos hacer acopio de valor! ¡De fuerza! Como Ícaro, teníamos que elevarnos con alas emplumadas y brillantes y volar hacia arriba, hacia el sol.

Nos quedamos pensativos, sopesando sus palabras.

Sonaban bien, pero no tenían ningún contenido.

—Sabes que las alas de Ícaro se fundieron por culpa suya, ¿verdad? —señaló David—. Su padre era un genio de la ingeniería. Le dijo que no volara muy alto ni muy bajo. Demasiado caliente arriba, demasiado húmedo abajo. Esas alas eran muy blandas, tío. Ícaro hizo caso omiso de las especificaciones. Francamente, ese tío era un gilipollas.